

~~152/324~~

Sr. D. J. de la Luz León, en La Coruña



He recibido y leído, señor mío, su libro sobre Amiel. De lo que este *Hombre*, que se pasó la vida haciéndose un alma para conservar-la—"el que quiera salvar su alma la perderá"—me interesó siempre, le dará idea el saber que se debió a mí la primera traducción española de su *Diario Intimo*. El José González Alonso, gallego, que lo tradujo para "La España Moderna"—un hombre interesantísimo y de quien he de escribir—era mi más íntimo amigo en Salamanca; en mis primeros años de ésta se paseaba a diario, solos los dos, conmigo. Influyó en él mucho; él en mí, tanto o más. Hizo la traducción sobre mi ejemplar, que le presté para ello. Cuando Bouvier—con quien hablé bastante en París sobre todo de la relación entre Amiel y Sanz del Río a través de Krause—me envió la segunda edición, se me aclaró el fondo del misterio de ese hombre. Y le comprendí, como pocos. Porque yo enterré a tiempo a mi Amiel. A los veintisiete años me casé como Amiel se habría casado, y mi mujer me ha dado ocho hijos y con el sentimiento de la paternidad el de la filialidad hacia ella. Es mi madre como lo es de mis hijos. Pero en Amiel, en el fondo calvinista, no suena la filialidad—no siente a Dios como a Padre—y por eso no siente la paternidad. Su amistad era la de un solitario sin linaje. Fué un conservativo, y no un reproductivo. No quiso darse a los otros, sino alimentarse de ellos. Temió, sin duda, que si se reproducía se perdía para sí. No sintió que darse es hacerse, que morir para otros es resucitar. El acto mismo del amor carnal es una muerte resucitadora. ¿Fué un Don Juan casto? Observe que Don Juan—tal es mi idea—fué estéril aunque no impotente; no fré padre. Tan incapaz de amar como Amiel, Don Juan fué un onanista, sólo que practicó su vicio en el enfaldo de sus seducidas... o seductoras. Y, en cambio, ha habido vírgenes paternas, como Jesús y como Don Quijote. O como Spinoza. De la virginidad paternal de Don Quijote hay mucho que decir. ¿Paternal o maternal? Porque hay hombres muy hombres, quiero decir muy viriles, que tienen corazón de madres, que son maternales. Alguna vez he leído aplicado a mujer el dictado de *varona*; hay *matronos*. Como hay *patronas*.

Amiel me ha preocupado siempre. Y es que yo me libré de él. (Y antes de leerle). Su problema sexual, fisiológico—en el que se quedaría un freudiano—encierra un problema más hondo, metafísico, o mejor, religioso. El Dios asexual de Calvino, ni Padre, ni Madre, le predestinó a terrible soledad. Yo fui educado,



por mi madre viuda—éramos (y somos) cuatro hermanos, y mi padre murió teniendo yo seis años—en el culto doméstico de la Santísima Virgen Madre, con el Niño Jesús, en el catolicismo popular. Y he buscado salvarme dándome. Dándome en carne en mis hijos; dándome en espíritu en mis obras. Y la carne es espíritu y el espíritu es carne. Mas por otra parte no creo que está en lo cierto mi buen amigo Madariaga al decir que Amiel fué incapaz de crear. Se creó a sí mismo; se nos dejó en su *Diario*. Como Rousseau, de quien hay quienes creen que a pesar de lo que escribió no tuvo hijos, fué estéril. A pesar de Madame Warens y de Teresa, un solitario, acaba un onanista en ellas.

Ahora que preparo un nuevo libro sobre el quijotismo le doy vueltas a lo de la virginidad en relación con la paternidad (o maternidad). Se puede seguir virgen de alma siendo padre o madre; se puede ser un sexual sin gota de sentimiento paternal o maternal, y por tanto infilial. Y Don Juan no conoce el amor.

Ah! gracias por los fragmentos inéditos que usted nos da. El de las páginas 203 a 212 (el fechado 26 de Marzo de 1873) es cardinal. Por una parte la incomprensión por parte de Amiel del catolicismo marianista, y por otra parte que en ese fragmento Amiel arguye contra sí mismo. No hay nada más viril que el jesuitismo primitivo, el de mi Iñigo de Loyola. Pobre Amiel! Jamás comprendió el matrimonio, soñando siempre en él. Y no cayó en la cuenta de que fué Calvino quien más acentuó lo del pecado original. Lo malo es el catolicismo testicular de Don Juan, el de "si tan largo me lo fiáis"...

El *Diario Intimo* me recuerda a un pobre loco que se pasó la vida dirigiéndose cartas a sí mismo y contestándolas. Y, en el fondo, nada más opuesto al diario que la correspondencia. La de Flaubert, por ejemplo. Uno no se pone ante sí mismo. Y es que el supuesto monólogo con otro no es monólogo. Hay diálogo cuando se siente la presencia de otro, aunque éste oiga y calle, que el silencio es respuesta y se la oye en la mirada ajena. Y yo desde aquí, a través de su libro, le estoy viendo la mirada.

Con toda simpatía y ofreciéndole mi amistad le despide

MIGUEL DE UNAMUNO.

Hendaya, 6-VIII-1927.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

3  
GREDOS.USAL.ES

157/344